

Palabras del papa Francisco a los maestros y escuelas

-Por la redacción-

En el mes de mayo de 2014, el papa Francisco dirigió unas hermosas palabras a los docentes y personas que trabajan en las escuelas que se habían reunido en la plaza San Pedro. Ahora las reproducimos aquí para agasajar a todo el personal escolar en el mes que se celebra el día del maestro, del profesor y del estudiante.



Queridos amigos;
Nosotros amamos la escuela. Digo “nosotros” porque yo amo la escuela; la he amado como alumno, como estudiante y como maestro. Y luego como Obispo. Cuando estaba en la Diócesis de Buenos Aires me encontraba a menudo con el mundo de la escuela... ¿Por qué amo la escuela? Intentaré explicárselos.

Se suele decir que no crecemos solos, que siempre hay una mirada que nos ayuda a crecer, y yo creo que eso es cierto. En mi caso, tengo la imagen de mi primera maestra. Aquella mujer, aquella maestra que me recibió a los seis años, en el primer nivel de la escuela. Nunca la olvidé. Ella me hizo amar la escuela, y de grande siempre he ido a visitarla hasta el momento en que falleció, a los 98 años. La imagen de ella, recordarla, me hace bien. Ella es el primer motivo por el que amo la escuela.

En segundo lugar, amo la escuela porque es sinónimo de *apertura a la realidad*. ¡Al menos así debería ser! No lo es siempre, y eso quiere decir que es necesario cambiar un poco algunas cosas. Ir a la escuela significa abrir la mente y el corazón a la realidad, a la riqueza de sus aspectos, de sus dimensiones, que es algo bellísimo. No debemos tener miedo de la realidad.

En los primeros años se aprende a 360 grados, luego, poco a poco se profundiza hacia una dirección y finalmente se especializa. Pero si uno ha aprendido a aprender - y este es el secreto, ¡aprender a aprender!- eso le queda para siempre, permanece como una persona abierta a la realidad. Esto lo enseñaba también un gran educador italiano, que era sacerdote: Don Lorenzo Milani.

Los maestros son los primeros que deben permanecer abiertos a la realidad, con la mente siempre abierta a aprender. Sí, porque si un maestro no está abierto a aprender, no es un buen maestro, y ni siquiera es interesante; los muchachos lo perciben, tienen “olfato”, y son atraídos por profesores que tienen un pensamiento abierto, “inconcluso”, que buscan “algo más”, y así contagian esta actitud a los estudiantes.

Otro motivo por el que amo la escuela es que la escuela es un *lugar de encuentro*. Todos nosotros estamos en camino, poniendo en marcha un proceso, activando una vía. La escuela no es un estacionamiento, es un lugar de encuentro en el camino. Se encuentra a los compañeros; se encuentra a los maestros; se encuentra al personal asistente. Los padres de familia encuentran a los profesores; el director encuentra a las familias, etcétera. Es un lugar de encuentro. Y nosotros hoy tenemos necesidad de esta cultura del encuentro, ¿no? Para encontrarnos, para conocernos, para amarnos, para caminar juntos. Esto es fundamental precisamente en la edad del crecimiento, como un *complemento a la familia*. La familia -sabemos- es el primer núcleo de relaciones: la relación con el padre y la madre y los hermanos es la base, y nos acompaña siempre en la vida. Pero en la escuela nosotros “socializamos”: encontramos personas diferentes a nosotros, diferentes por edad,

por cultura, por capacidades diferentes... La escuela es la primera sociedad que integra a la familia. La familia y la escuela ¡jamás van contrapuestas! Son complementarias, y por lo tanto es importante que colaboren, en el respeto recíproco. Y las familias de los chicos de una clase pueden hacer mucho colaborando juntas entre ellas y con los maestros. Esto hace pensar en un proverbio africano que dice: "Para educar a un hijo se necesita a todo un pueblo". Para educar a un muchacho se necesita mucha gente: familia, escuela, maestros, personal asistente, profesores, ¡todos!



También amo la escuela porque *nos educa a lo verdadero, al bien y a lo bello*. Las tres cosas van juntas. La educación no puede ser neutra. O es positiva o es negativa; o nos enriquece o nos empobrece; o hace crecer a la persona o la deprime, incluso puede corromperla. En la educación es muy importante el dicho: ¡siempre, es mejor una derrota limpia que una victoria sucia! ¡Recuérdenlo! Esto nos hará bien durante toda la vida.

La misión de la escuela es desarrollar el sentido de lo verdadero, el sentido del bien y el sentido de lo bello. Y esto ocurre a través de un camino rico, hecho por muchos "ingredientes". Por eso existen

tantas disciplinas, porque el desarrollo es fruto de diversos elementos que actúan juntos y estimulan a la inteligencia, a la consciencia, a la afectividad, al cuerpo, etcétera. Por ejemplo, si estudio la Plaza de San Pedro, aprendo cosas de arquitectura, de historia, de religión, también de astronomía – el obelisco recuerda al sol, pero pocos saben que esta plaza es también un gran meridiano. De esta manera cultivamos en nosotros lo verdadero, el bien y lo bello; y aprendemos que estas tres dimensiones no están jamás separadas, sino siempre entrelazadas. Si una cosa es verdadera, es buena y es bella; si es bella, es buena y es verdadera; y si es buena, es verdadera y es bella. Y estos elementos juntos nos hacen crecer y nos ayudan a amar la vida, también cuando estamos mal, también en medio a los problemas. ¡La verdadera educación nos hace amar la vida y nos abre a la plenitud de la vida!

Finalmente quisiera decir que en la escuela no solamente aprendemos conocimientos, contenidos, sino que aprendemos costumbres y también valores. Se educa para conocer tantas cosas, tantos contenidos importantes, para tener ciertas costumbres y también para asumir los valores. Esto es muy importante.

A todos ustedes, padres de familia, maestros, personas que trabajan en la escuela, estudiantes, les deseo un hermoso camino en la escuela, un camino que haga crecer las tres lenguas que una persona madura debe saber hablar: la lengua de la mente, la lengua del corazón y la lengua de las manos. Pero con armonía, o sea pensar aquello que tú sientes y aquello que tú haces; sentir bien aquello que tú piensas y aquello que haces; y hacer bien aquello que tú piensas y aquello que tú sientes. ¡Las tres lenguas, en armonía y juntas!

Les pido por favor, ¡no nos dejemos robar el amor por la escuela!

Franciscus